

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La Encíclica del Papa "Ecclesiam Suam" ..	1
Carta abierta a las autoridades responsables de la Iglesia Romana	5
Bosquejos del Antiguo Testamento	11
La Biblia	19
Homilética	34
Miscelánea	45
Bibliografía	47

Publicado
por
la Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

Homilética

¿Cómo puede justificarse el hombre con Dios?

“¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios” (Job 25:4).

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Rom. 5:1).

Señoras y señores: ▼

Predicar dogma no es cosa fácil ni grata. El mundo desea oír sermones que den solución a los apremiantes problemas contemporáneos. Pero a veces, el predicador, debe enseñar doctrinas fundamentales de la fe cristiana dando con ello solución a las grandes ansiedades del alma humana. Mi tema encara, pues, esta situación. “¿Cómo puede justificarse el hombre con Dios?” La pregunta nace de un corazón sincero, que se sabe cansado y agobiado por el peso de sus pecados. La pregunta, en realidad, es de difícil contestación. Pero es fundamental.

Muchos de los que se han detenido a pensar seriamente en la vida y en el destino del hombre han afirmado que tanto su vida como su destino consiste en gozar de la felicidad y la felicidad suprema del hombre está en la comunión con Dios. Estos pensadores, al considerar el estado actual del hombre, han llegado a la conclusión que ha debido ocurrir algo con la humanidad que haya interrumpido ese compañerismo que el hombre debe mantener con Dios. No vamos a discutir aquí el cuándo y el cómo comenzó esta situación con el hombre, sólo vamos a considerar los hechos: el hombre es malo y Dios es bueno; el hombre es injusto y Dios es justo. ¿Cómo pueden armonizarse estos dos extremos?

Sería absurdo decir que la solución podría verificarse si se produjera un cambio en la naturaleza y en la persona de Dios. Como lo sabemos, el nombre de Dios lleva consigo la idea de inmutabilidad. En Dios ni hay, ni puede haber, cambio o mudanza. Así que, si se ha de producir algún cambio a fin de que el hombre pueda justificarse con Dios, ese cambio deberá

producirse en el hombre. El injusto deberá hacerse justo, y el malvado deberá hacerse bueno. ¿Cómo, pues, podrá justificarse el hombre con Dios? Presentemos la pregunta en el lenguaje del hombre de la calle, en el lenguaje que todos hablamos: supongamos que muere un hombre y se va al cielo, lo cual significa gozar plenamente de la presencia de Dios. ¿Cómo consiguió este hombre llegar al cielo? ¿Por qué fue admitido ante la presencia de Dios? La respuesta será la que corresponde a la pregunta técnica: "¿Cómo, pues, se justificará el hombre con Dios? He aquí algunas de las respuestas que se dan a tan importantísima pregunta:

POR DERECHO NATURAL

Algunos contestan esta pregunta capital diciendo: "El hombre va al cielo después de su muerte por la sencilla razón de que es hombre, y, por el hecho de serlo ha heredado todas las posibilidades de la vida humana."

"La vida celestial, dicen éstos, "es el último estado en el desarrollo de la vida del hombre." El hombre "pasa" al cielo por la misma razón que "pasa" de la infancia a la niñez y de la niñez a la madurez. El hombre tiene derecho de ser aceptado por Dios de la misma manera que tiene derecho a respirar el aire para su vida física. "Puesto que Dios me ha creado" — dicen éstos— "reclamo el derecho de cualquier cosa que pueda concederle a otro hombre."

No obstante esta filosofía y poesía tan bellas que afirma que "todos los hombres se salvan porque ya están salvados" contradice la Escritura, la cual afirma que "la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios" y se opone también a nuestra razón.

Nadie puede situarse en Mar del Plata —por ejemplo— por alegar que se propone visitar esta ciudad balnearia o por alegar que tiene derecho a visitarla. Por la misma razón, nadie puede decir que irá al cielo a vivir con Dios porque desea ir a esa Santa Ciudad, o porque crea que tiene derecho a entrar en ella. Antes de que un hombre pueda estar convencido de que llegará a Mar del Plata, deberá saber si hay medios que lo conduzcan allá: ferrocarriles, ómnibus, aviones, etc., y que estos vehículos están manejados con el propósito y con el poder para poderlo llevar hasta esa ciudad.

De la misma manera, antes de que alguien me llegue a vencer de que llegaré al cielo, deberé saber "cómo". Mi creencia se debe basar en conocimiento, y esta es la pregunta que estamos tratando de contestar: "¿Cómo podrá justificarse el hombre ante Dios?" Cuando alguien trata de asegurarme que iré al cielo por la sencilla razón de que soy hombre, no me dice el "cómo".

POR SUPERIORIDAD DE CARACTER

Hay religiones y filosofías que afirman que el hombre alcanza el cielo —la comunión y el compañerismo con Dios— si es que reproduce aquí en la tierra, en alguna medida, las condiciones de vida que hay en el cielo. *Sólo van al cielo los que lo merecen.*

Cuando les pregunto a los hombres que hacen tal afirmación, "¿quiénes son los que merecen ir al cielo?" me contestan que esto se determina por el carácter de cada cual, o como diríamos con otro vocabulario: "por la personalidad". Pero en este mundo hablamos de hombres que tienen buen carácter y de hombres que lo tienen malo. Luego, lógicamente, los que poseen un buen carácter o un carácter perfecto serán los justificados e ingresarán en el cielo.

Pero es el caso que los hombres no podemos determinar con exactitud el carácter de otro hombre. Nuestros medios de conocimiento son imperfectos, incompletos y por lo tanto falibles. Pero Dios que todo lo sabe y todo lo ve, Él sí puede determinar el carácter humano sin dificultad alguna. ¿Quién conoce el corazón? Solamente Dios; y es Dios quien conoce con toda exactitud lo bueno o lo malo del carácter humano. Poseyendo este conocimiento puede determinar quienes han de ser justificados y quiénes no. Justificará, pues, a los "buenos", a los "justos".

Concediendo que debe y puede elegir para ir al cielo a los que hayan alcanzado determinado nivel de carácter. ¿Puede ser considerado este método como algo razonable y justo? Supongamos que el índice para que una persona pueda ser considerada poseedora de un "buen" carácter es 90 por ciento. Luego, el hombre que sólo llegue a alcanzar un 89 por ciento no puede entrar en el cielo, aunque entre él y el otro la diferencia solamente sea de uno por ciento. ¡Esto ofende nuestro sentido de justicia!

Si un hombre ha de salvarse por su carácter y otro ha de perderse también por su carácter, esta suerte final no debe, ni puede depender en la diferencia en el grosor de un cabello. ¡Indudablemente, salvación por carácter personal en vez de ser un método natural y razonable, es un método absurdo e injusto.

Además, si un hombre ha de salvarse por haber alcanzado un índice determinado de carácter, ¿cómo es posible que uno sepa si ha alcanzado o no el índice necesario? Es verdad que esto se revelará en el día del juicio, pero hasta entonces, el hombre carecerá de toda seguridad y deberá esperar ansiosamente que llegue ese día a fin de saber si ha alcanzado o no el índice para poder ir al cielo. Cuanto más meditamos en esta teoría que el hombre alcanza el cielo por superioridad de carácter, más perplejos nos sentimos y más dificultades se agrupan en nuestra mente.

POR EL PERDON GRATUITO DE DIOS

Hay los que afirman que el hombre se justifica con Dios merced al perdón gratuito que Dios concede. Esta respuesta se parece mucho a la que se oye de cuando en cuando en los púlpitos cristianos. Los que sostienen esta afirmación niegan justamente que los hombres puedan alcanzar el cielo "por derecho propio", o que sea posible justificarse con Dios por un determinado índice de carácter. El pecado y la injusticia se levantan como el muro berlínés entre el hombre y Dios. Pero el Señor, conociendo nuestra condición, en su misericordia, nos perdona por Jesucristo y nos habilita de esta manera el camino hacia el cielo.

Esta doctrina "suena bastante bien". La he oído desde muchos púlpitos. ¿Pero el perdón de Dios nos hace acreedores del cielo? . . . Hay los que dicen que sí. Razonemos juntos por un momento.

¿Cree usted que un hombre perdonado es un hombre justo o hecho justo? ¿Cree usted que un hombre perdonado es ya un inocente? ¿Supongamos que el presidente de una república, o el gobernador de una provincia perdona a un hombre que está acusado de haber cometido crímenes atroces. El hombre perdonado será puesto en libertad, y gozará de todos los derechos de un buen ciudadano. Pero, ¿el perdón obtenido lo ha convertido en un hombre bueno, lo ha hecho un hombre inocente?

Todo lo que ese hombre ha conseguido con su perdón es verse libre de la pena, de la prisión.

El pecador deberá ser perdonado antes de que pueda entrar en el cielo; *pero esto no es todo*, esto solo no capacitará al pecador para ir al cielo. Decir que un hombre va al cielo porque sus pecados han sido perdonados, es una música muy linda, porque equivale a decir que un ladrón o un asesino llegan a ser personas honorables por causa de la clemencia del primer magistrado, quien lo ha librado de la cárcel o de la pena de muerte.

Todavía, pues, no hemos hallado la respuesta a la gran pregunta que es el tema de este mensaje: "¿Cómo se justificará el hombre con Dios?"

POR LA FE EN CRISTO

Hemos considerado hasta ahora algunos métodos de justificación los cuales hemos considerado inadecuados y falibles. Los hombres sabemos cómo justificarnos ante Dios. Pero nuestra ignorancia es la oportunidad de Dios. El mayor descubrimiento que ha podido hacer el hombre en beneficio de su alma es el descubrimiento de saber que él no puede justificarse ante Dios por sus propios méritos, por sus buenas obras. Estamos, pues, en lo cierto, cuando afirmamos que la norma para que el hombre pueda ser justificado ante Dios no la puede determinar el hombre, sino sólo Dios. ¿Cómo se justificará el hombre con Dios? Dios ya lo ha dicho. "Sed santos, como yo soy santo". "Bienaventurados los puros" —no los medios puros— sino "los puros de corazón, porque ellos verán a Dios".

¿Cómo somos, pues? ¿Santos?, ¿Puros? Si somos sinceros, no nos será difícil descubrir que estamos muy lejos de reunir las condiciones para ser justificados con Dios. Su ley nos convence que no somos santos y este descubrimiento hace desaparecer en todos nosotros la esperanza de que podamos hacernos por nuestros propios medios aceptables ante los ojos divinos. Para podernos justificar ante Dios debemos ser dignos de justificación, esto es, debemos satisfacer las exigencias de Dios. Debo ser justo y no lo soy. ¿Qué solución hay para que el hombre pueda justificarse ante Dios? Deberé ser justo por mi mismo u otro deberá satisfacer la justicia que Dios demanda de él, y ese otro no puede ser nadie más que Dios. El mayor de los santos, San Pablo, fue el primero en confesar su com-

pleta indignidad, titulándose a sí mismo "el principal de los pecadores". Y si tal fue el sentimiento de un hombre como San Pablo, ¿cómo habrá de ser el de todos los demás hombres? El hombre, pues, no puede justificarse por sí mismo, pero si alguien puede justificarlo ese alguien debe ser Dios mismo. Y ahora llegamos a la gran respuesta que da el Cristianismo; "¡Dios es quien justifica". Sobre esta roca construyó Cristo su iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

BASES Y MEDIOS DE JUSTIFICACION

Dios nos acepta por Cristo. Puesto que el hombre no puede suplir justicia, alguien deberá suplirla a fin de que el hombre pueda ser justificado. Cristo ha suplido esta justicia. El y el hombre han cambiado de lugar. Cristo ha tomado los pecados del hombre y éste se ha adueñado de la justicia de Cristo, y de esta manera el hombre ha sido aceptado en el Amado, en Cristo. "La justificación del hombre es la absolución divina de éste a causa de los méritos del Hijo".

¿Cómo puede el hombre apropiarse de este gran don, la justicia de Cristo? Dios no obliga a los hombres a que acepten este maravilloso don. El lo ofrece gratuitamente a todos (justificación objetiva) y el hombre acepta este don por fe. Por la fe se apropia el hombre la justicia de Cristo, la cual es el don de la vida eterna. "Siendo justificados por fe tenemos paz para con Dios por medio de Jesucristo." El origen, el guardarrropa en donde se encuentra el blanco vestido de la justificación, es Cristo Jesús; la mano con la cual toma el hombre este vestido es la fe.

¿Cómo, pues, se justificará el hombre con Dios? Por fe en el Señor Jesucristo. ¿Qué debe hacer el hombre para ser salvo? "Creer en el Señor Jesucristo y serás salvo", es la respuesta de la Biblia. El cristianismo no es una emoción, la expresión y el poder de tiernos y caritativos sentimientos. No es conocimiento, ni es obediencia, ni es devoción a un gran ejemplo. Es fe en Jesucristo quien por su cruz y resurrección asegura al hombre ser aceptado por Dios.

Pero la cruz de Cristo hace una terrible división. O Cristo justifica al hombre con Dios o no lo justifica. El hombre debe aceptar a Cristo como su Salvador o debe rechazarlo. El hombre puede considerar a Cristo como un ejemplo, una inspira-

ción, un guía para la vida, pero el hombre al hacer así puede perderlo como Redentor y Salvador. Estas diferencias de actitudes no son de escasa importancia. Si un hombre puede inventar algún otro medio de justificación con Dios, dejémoslo con su descubrimiento. Pero si no puede, no debe ser insensato como para tener en poco esta salvación tan grande.

¿Pero ha llegado a saberse de algún hombre que haya rechazado a Cristo como Salvador por haber llegado a descubrir algún otro medio para justificarse ante Dios? No, los hombres rechazan el método de justificación provisto por Dios mismo sin haber llegado a imaginarlo un método mejor y más efectivo. ¡Qué estas palabras sencillas puedan servir para recordar a todo cristiano el verdadero objeto de su fe, y puedan servir a todos aquellos que todavía dicen "creo" pero que en realidad confían en sus propios méritos y obras, que fuera de Cristo y de su bendita obra ninguno puede justificarse ante Dios.

En esta hora crucial de la historia en la cual la iglesia está pasando por un agudo período de crisis y está sufriendo una enemistad y persecución como jamás nunca antes la haya sufrido, yo proclamo que el deber supremo de la iglesia y de los fieles ministros de Cristo es conservar y proclamar con sencillez y pureza lo que Dios ha hecho en Cristo para salvar a los hombres.

Si el conocimiento de cómo el hombre puede llegar a ser justificado ante Dios; si el amor, la admiración y la reverencia por ese método divino se marchita en las mentes y en los corazones de los cristianos, entonces: ¡Pobre de la iglesia! Ella dejará de ser luz que ilumine en las tinieblas del mundo y sal que conserve los valores inmortales.

Un conocimiento fiel de la obra de Cristo como redención del pecado, y un amor sincero a Aquel que nos amó primero hasta el punto de dejarse matar sobre una cruz, tales son los refugios —en realidad, el único refugio— del cristiano ante las tentaciones y los peligros de este mundo, así como la única inspiración para una vida piadosa y el único fundamento para la esperanza de la vida eterna. Sí, mis amigos; el que está muy cerca de la cruz estará muy cerca del Cristo que en la cruz murió.

Sobre uno de los muros de una antigua iglesia germana puede observarse esculpido en la piedra la figura de un cordero. Este sencillo monumento tiene una interesante historia. El que es-

culpó la figura del cordero era un albañil que cayó desde lo alto de un andamio y quien se hubiera matado al golpearse contra el piso de no haber pasado en ese momento un cordero de los que por allí pastaban. El albañil cayó sobre el cordero. *El hombre salvó su vida pero el cordero murió.* En gratitud por haber salvado su vida de manera tan providencial esculpió sobre el muro de la iglesia la figura de un cordero; la del cordero que le salvó la vida.

El Cordero de Dios, nuestro Señor Jesucristo, quien quita los pecados del mundo, es el Único quien, por su amor y muerte vicaria, evita nuestra caída mortal y nos salva hasta de la pena que por nuestros pecados merecíamos.

¿Está usted confiando en el Cordero de Dios?

*De The Greatest Questions of the Bible
Adaptado por A. L. Muñiz*

LOS PECADOS QUE MATARON A JESUS

Bosquejo homilético

"A éste . . . que matastéis por manos de inicuos, crucificándole" (Hech. 2:23).

Analícemos y enumeremos los pecados que mataron a Jesús.

I. — *No sus propios pecados, puesto que no los tenía.* Su vida fue tan inmaculada que pudo decir a sus enemigos, lleno de confianza: "¿Quién de ustedes me redarguye de pecado?" Tentaciones vinieron a Él, como vienen a todos los seres humanos, pero él siempre las venció. Su arma fue el buen uso de la Palabra de Dios.

II. — *Los pecados típicos de su época lo mataron.* (1) La envidia de los dirigentes religiosos —orgullo, fanatismo eclesiástico. (2) La falta de justicia en el tribunal de Pilato. (3) El odio de los que habían sido denunciados por sus pecados sociales. (4) El enojo del populacho manejado por dirigentes malvados. (5) La perfidia de un discípulo, Judas Iscariotes. (6) El militarismo romano, representado por los soldados, agentes de la crucifixión.

III. — *Los pecados que mataron a Jesús fueron los pecados típicos de todas las épocas.* Ellos están crucificando al inocente. Cristo llevó sobre sí de manera típica todos los pecados del mundo. Su muerte reveló la horribilidad del pecado y de los pecadores del mundo. Pero más que esto — la muerte de Cristo reveló un amor que produjo un odio indecible por parte de los amados. Cualquiera que puede confesar sinceramente: "Mi pecado le mató, es salvo por la sangre derramada por culpa de este pecador".

A. L. Muñiz

SERMONES EN ZAPATOS

Bosquejo Homilético

"Yendo, predicad..." (Mat. 10:7).

Hay dos maneras de predicar.

I. — *Con nuestros labios.* Cristo desea que seamos sus testigos. Los cristianos tenemos el deber de "ir por el mundo predicando." No nos deberíamos avergonzar de hablar de Cristo, de predicar por Cristo, de trabajar para Cristo. Nosotros, hombres y mujeres, somos los mensajeros de Cristo.

II. — *Con nuestras vidas.* Hay una fuerza tremenda en la predicación silenciosa. El poder de la iglesia descansa en la vida cristiana de sus afiliados. Una vida cristiana es —en algunos casos— sesenta años de predicación silenciosa. Es el carácter lo que habla. "Lo que tú eres habla más fuertemente que lo que tú dices." Un cristiano debe ser una Biblia viviente. La mayoría de nuestros vecinos nunca han tenido la oportunidad de leer otra Biblia, sino aquella que nosotros somos con nuestras palabras y con nuestros hechos. Esos vecinos forman sus impresiones del Cristianismo como él se manifiesta en nuestras vidas. Un negro de Africa solía decir que ésta es la mejor clase de predicación." Y tenía razón. El mundo está necesitando de lo que ha sido llamado "sermones en zapatos"; sermones caminando.

¿Predicará usted el suyo?

A. L. Muñiz

ELEMENTOS QUE FORTALECEN LA IGLESIA

Bosquejo Homilético

"Lévantate fuerte, oh Sión." (Is. 53).

Algunos elementos del éxito de la iglesia en nuestro tiempo:

I. — *Lealtad a la verdad de la Palabra de Dios.* Las enseñanzas bíblicas respecto a salvación, santidad y deber deben ser los "slogans" por los que se gobierne la iglesia en el desarrollo de su misión. Una iglesia fiel a la verdad será bendecida por la verdad.

II. — *Una vida cristiana inteligente.* Es bueno poseer y creer la verdad. Es mejor vivirla. La iglesia que vive la verdad será una iglesia con éxito.

III. — *Activo servicio por Cristo.* La iglesia se hace fuerte practicando. Trabajar fuertemente por el extendimiento del Reino de los Cielos es el medio de que la iglesia obtenga fortaleza. La iglesia que se "gasta" sirviendo a Dios recibirá honor de Dios.

I. — *Fidelidad a la congregación local.* Fidelidad a sus oficios divinos, a su trabajo, a sus oficiales, a sus fieles y a su buen nombre.

V. — *Unidad.* La fortaleza está en la unión. Si la congregación permanece unida en amor y fraternidad ella será irresistible.

VI. — *Dando sistemática y liberalmente.* La iglesia cuyos fieles dan sistemática y liberalmente es fuerte. "Dios ama al que da con alegría".

Hagamos todo lo que nos sea posible hacer para que nuestra iglesia sea una iglesia fuerte.

A. L. Muñiz

RELIGION EN EL HOGAR

Bosquejo Homilético

“Entró Jesús otra vez en Capernaum . . . y se oyó que estaba en casa.” (Marcos 2:1).

Usted que viene a la iglesia. Usted que dice que en ella se encuentra con Jesús, ¿por qué no lo lleva consigo a su casa? Llevar a Jesús a su casa es lo que hizo Zaqueo, y cuando Jesús penetró en la casa de Zaqueo, dijo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa.”

I. — *Cuando Cristo está en una casa no puede permanecer en secreto.* “Se oyó que estaba en casa”. Si Cristo está en nuestros corazones y en nuestros hogares en seguida se hace notar. (1) Llegará a ser motivo de atracción. “Inmediatamente se juntaron muchos.” (2) Él llega a ser un instructor: “le predicaba la palabra.” (3) Llegará a ser una inspiración tan extraordinaria que hasta “los extraños harán esfuerzos para verlo.”

II. — *Cristo en el hogar es una gran bendición para los extraños.* Él no solamente bendice con su instrucción divina, sino que también: proporcionará: (1) La bendición de la sanidad. “Le trajeron un paralítico. (2) La bendición del perdón. “Tus pecados te son perdonados.”

III. — *Cristo desea morar en nuestros hogares.* “He aquí, estoy a la puerta y llamo.” Él desea proporcionarnos pureza, gozo y alegría con su presencia. Cenará con nosotros. Llegará a ser uno con nosotros. Él no será un simple huésped, sino un huésped misericordioso.

IV. — *La causa de Cristo depende de que Él more en nuestros hogares.* El mundo no es otra cosa que una gran colección de hogares. Si Cristo pudiera entrar en cada hogar, el mundo sería ganado. Trabajar en beneficio del hogar cristiano es la mejor estrategia.

A. L. Muñiz